

**COMUNICACIÓN INTERCULTURAL, MULTICULTURALISMO Y
DESIGUALDAD SOCIAL**

**Ponencia para debatir en las sesiones especiales del Congreso de la
IAMCR 2002 sobre Comunicación Intercultural**

Barcelona : 21 - 26 de julio de 2002

**John Downing
Universidad de Tejas**

y

**Charles Husband
Universidad de Bradford**

INTRODUCCIÓN

En esta ponencia trataremos cuatro temas: definiciones de multiculturalismo; multiculturalismo y el proyecto neoliberal; el “derecho a ser comprendido” dentro de la esfera pública multiétnica y algunas consideraciones prácticas sobre la formación y la educación profesionales. Por “comunicación intercultural” entendemos todas y cada una de las formas de comunicación entre personas con distintas imaginерías culturales, sin asumir necesariamente ninguna coherencia ideológica o “puridad étnica” en estas imaginерías. No limitamos el enfoque a los niveles de comunicación interpersonal o de grupo y no buscamos el empirismo científico de los estudios sobre comunicación intercultural interpersonal que ofrecen una estrategia heurística adecuada para comprender el fenómeno ya que nos parece que limitan la disciplina a aspectos rutinarios.¹

Definiciones de multiculturalismo:

Sin definir este término, actualmente es imposible tratar el tema de la comunicación intercultural, aunque hacerlo de manera exhaustiva sería una tarea del mismísimo Dédalo, el constructor del laberinto. El término ha sido ampliamente difundido, y tiene significados distintos en lugares diferentes, incluso para personas distintas que habitan en un mismo lugar. Tomemos como ejemplo el controvertido uso en Canadá y Québec.

Por una parte, Canadá es una de las pocas naciones que hasta el momento tiene una política “multicultural” y es simultáneamente la fuente de numerosos estudios de expertos, entre los que destacan especialmente Charles Taylor² y Will Kymlicka,³ que han basado parte de sus argumentos en la situación de Canadá en muchos de sus razonamientos. Por otra parte, el debate público canadiense ha visto cómo dicho término ha sido denunciado con fuerza durante más de veinte años por una serie de activistas políticos de Québec. Éstos denunciaron que el ex Primer Ministro Trudeau introdujo descaradamente el multiculturalismo como política pública para ofrecer un mejor trato a los inmigrantes “visibles” procedentes del Caribe, Asia y otros países, aunque, en realidad, era una estrategia de tipo “divide y vencerás” para reducir a los habitantes de Québec a un papel de grupo étnico minoritario entre otros muchos grupos y, por tanto, diluir su reclamación de una condición especial dentro de la Federación.⁴ Podemos agregar que el multiculturalismo ha sido denunciado en Canadá no sólo por políticos conservadores tales como el antiguo magnate de la prensa Conrad Black, y el Partido Reformista (recientemente rebautizado como el Partido Alianza), sino también por algunos portavoces de minorías visibles.⁵

Así, incluso en el mismo suelo canadiense, para decirlo de alguna manera, el multiculturalismo tiene como mínimo distintas implicaciones políticas e incluso significados totalmente distintos. Si nos alejamos de Canadá, presentamos también otros debates igualmente acalorados y distintas definiciones de su significado fundamental, que van incluso más allá de su importación práctica.

El debate dentro de EE.UU. ha girado básicamente en torno al multiculturalismo en la cultura y la educación, y se ha tratado en los cursos de historia y literatura americana en escuelas y universidades o bien en las políticas de educación bilingüe. La oposición se ha concentrado especialmente en el potencial del multiculturalismo como lealtad política centrífuga y en el colapso del americanismo,⁶ tal y como sucedió a mitad del siglo XIX, con las preocupaciones sobre la inmigración irlandesa y las posteriores respuestas de los nativistas a la gran oleada de mano de obra inmigrante procedente del sur y el este de Europa a partir de 1880 hasta 1917. Estos ataques se justificaban como **inflamación** de la perpetua incertidumbre de EE.UU. y la ansiedad consiguiente acerca de la identidad cultural nacional,⁷ como respuesta a las nuevas oleadas de inmigrantes asiáticos y suramericanos desde mitad de los años 1970. Sin embargo, estas alérgicas reacciones sociales se componían también de continuas tensiones no resueltas sobre la asertividad de los americanos africanos, **hispanicos** y americanos nativos respecto a sus reclamaciones de derechos y recursos.⁸

Dos filósofos políticos, Brian Barry⁹ y Jacob Levy,¹⁰ han afirmado, desde posturas muy distintas, que el énfasis dado a la cultura en los debates sobre multiculturalismo en los EE.UU. y Canadá se ha interpretado mal y ha sido improductivo. Revisaremos brevemente sus posturas respectivas, y también la de Danielle Juteau,¹¹ a fin de ampliar nuestra recopilación de definiciones de multiculturalismo.

Barry, polemista impenitente y crítico feroz de los trabajos de Will Kymlicka y Iris Marion Young¹², afirma que el multiculturalismo es una neblina que emborrona el reconocimiento de las desigualdades de clase y los abusos de los derechos humanos. Según él, el asunto clave es el siguiente:

“La consecuencia de esta ‘culturalización’ de identidades de grupo es la negación sistemática de las causas alternativas de las desventajas de un grupo. Así, los miembros de un grupo pueden sufrir, no porque tengan objetivos distintos por motivos culturales, sino porque no consiguen alcanzar objetivos compartidos en general, tales como una buena educación, trabajos satisfactorios y bien pagados (o simplemente un trabajo), un barrio seguro y limpio donde vivir e ingresos suficientes para estar bien alojados, vestidos y alimentados y poder participar en la vida social, económica y política de su sociedad.” (op.cit., 305-306)

Su postura está totalmente a favor de los derechos humanos individuales y del liberalismo individual de Millsian:

“La característica definitoria de un liberal es, a mi parecer, alguien que afirma que existen determinados derechos contra la opresión, explotación e injuria que todo ser humano tiene derecho a reclamar y que apela por una ‘diversidad cultural’ y pluralismo en el que en ningún caso falle el valor de los derechos humanos básicos... Para [los multiculturalistas], una sociedad se concibe como un organismo ficticio

cuyos verdaderos constituyentes son comunidades.” (op.cit., 132-133, 300)

Barry se ha dirigido también a los proponentes profesionales de programas multiculturalistas, acusándoles de debilidad financiera y moral:

“...el dinero destinado genera rentas de las que pueden apropiarse los emprendedores culturales... Algunos...estarán contentos de vivir de los ingresos obtenidos de las solicitudes de becas para organizaciones, de su promoción personal y de la administración de becas programáticas. Otros con mayores ambiciones preferirán la visibilidad y construirán un núcleo organizativo como plataforma de lanzamiento a una esfera más amplia en calidad de políticos etnoculturales. En ambos casos, el hecho es que existen beneficiarios directos de los fondos públicos asignados a un proyecto local con fines electorales... No tengo la menor duda de que estas ‘audiencias extranjeras’ en las que [Kymlicka] ha presentado el ‘modelo canadiense’ se compusieron del mismo modo que sus audiencias en Canadá: académicos, abogados, políticos, funcionarios y representantes de grupos de interés y comisiones especiales... El caso Rushdie amenazó con destruir el cómodo círculo constituido por estos administradores de la diversidad étnica.” (op.cit., 197, 294-5)

La postura de Barry no puede rechazarse por derechista o reaccionaria. Queda patente que está realmente preocupado por asuntos relativos a las desigualdades y el abuso de los derechos humanos, incluido el racismo político y, además, considera el multiculturalismo y los discursos sobre derechos de grupo como protecciones peligrosas que fueron vencidas a lo largo de los siglos y que ya no existen en las actuales políticas liberales a favor de la autonomía familiar y religiosa.

El problema es que parece que no capta con qué frecuencia y hasta qué punto los derechos y las definiciones culturales forman parte de la verdadera esencia de la desigualdad, la discriminación y el abuso de los derechos humanos que él coloca en el centro de la escena. Tiende a definir la cultura como un conjunto de hábitos personales o de grupo y el reino de la opción personal, afirmaciones que refuerza con una invocación repetida a ejemplos clásicos de libertad familiar y religiosa (op.cit., 71) Asimismo, define las políticas de acción afirmativa únicamente en términos de carrera vital y oportunidades vitales del individuo (ibid.,112ff.) al tiempo que, insiste, las políticas basadas en grupos sirven para “perpetuar de manera deliberada las diferencias culturales indefinidamente.” (ibid., 117) Las peticiones de Young caen en saco roto en este caso, que reconocemos que la injusticia tiene una base no solo en la distribución sino también en “...símbolos, imágenes, significados, comportamientos habituales, historias...mediante los cuales la gente expresa sus experiencias y se comunica... idioma, bromas, estilos de publicidad, costumbres en las citas, indumentaria, normas de educación de los niños y otros incontables elementos triviales y supuestamente mundanos...”¹³

Además, su modo de argumentación le sitúa entre un filósofo político y un abogado. A menudo, sus ilustraciones no están lo suficientemente analizadas desde el punto de vista sociológico, o bien son exageradas, y parece que añaden más bien impacto retórico en lugar de algo más sustantivo. Por ejemplo, defiende repetidamente sus desproporcionados ataques a todos los programas de educación bilingüe en los EE.UU. que se han realizado de formas distintas desde la mitad de los años 1970, como podemos conocer en un estudio de 25 páginas publicado en 1980 (op.cit., 298-99) A favor de su argumento de que las políticas multiculturales solo se pueden tramitar detrás de puertas cerradas debido a su evidente absurdidad e impopularidad entre los ciudadanos pensantes normales, presenta como ejemplo una serie de aspectos tratados por el gobierno inglés relacionados con las carnicerías musulmanas y judías (ibid., 295-96)

Así, si bien podemos, y esperamos, coincidir con el objetivo último de Barry de no perder de vista las verdades elementales de justicia y desigualdad, la meta que define es imprecisa y sus ejemplos son a menudo insustanciales. Danielle Juteau trata los mismos temas que Barry, pero con mayor precisión y efecto. Ella empieza presentando los fallos del discurso multiculturalista canadiense de un modo que incluye también las inquietudes de Barry:

“El multiculturalismo, como ideología y conjunto de políticas y prácticas, puede entenderse como una arena donde se enfrentan grupos nacionales y étnicos interrelacionados y, al mismo tiempo, diferenciados y jerarquizados. Las relaciones cambiantes afectan a los intereses materiales y simbólicos, identidades colectivas y fronteras de grupo, así como al discurso y a las políticas de estado... Esta política, como se ha repetido a menudo, obstruye la existencia de las Primeras Naciones, niega el status nacional de los franceses, separa la cultura del idioma, fomenta un punto de vista estático y folclórico de la cultura y no se define acerca de las desigualdades políticas y económicas que asedian a los grupos en cuestión.” (op.cit. n.10, 104-105)

Su definición aporta algo nuevo, en el sentido de que va más allá del debate estéril sobre si el multiculturalismo es una realidad social o un conjunto de políticas, y simplemente lo identifica, de manera más realista, como ámbito de debate.

Sin embargo, sigue adelante y reconoce los distintos papeles desempeñados por el multiculturalismo con el tiempo, otra diferencia que Barry no consigue hacer:

“Haciendo una visión retrospectiva, se puede ver que el multiculturalismo sirvió como ideología movilizadora para conseguir un aumento de la participación en las instituciones públicas. Permitió la definición de un discurso más inclusivo sobre la participación de los grupos minoritizados dentro de la comunidad política... e impulsó la erosión del mito de la homogeneidad fundada en la naturaleza y en la cultura. Se alteraron las concepciones anteriores de Canadá y se cuestionó su núcleo crítico. La aceptación del pluralismo étnico abre

un espacio para el debate público, como se ejemplifica en la crítica de los aspectos folclorizadores y esencializadores del multiculturalismo, y el creciente énfasis en intereses materiales así como ideacionales.”
(op.cit. n.10, 108)

Levy sitúa claramente la cuestión de los intereses materiales en el núcleo del debate sobre el multiculturalismo. Su punto de partida conceptual es distinto de la perspectiva de derechos y justicia, o de la perspectiva de una política de reconocimiento, y lo denomina “el multiculturalismo del miedo”. Lo define a grandes rasgos del siguiente modo:

“Según el multiculturalismo del miedo, si las culturas minoritarias deban ser ayudadas o no para subsistir, o si es preferible la asimilación o la diversidad, o cómo forjar identidades comunes, etc. son cuestiones secundarias. Ni las identidades ni los grupos son el centro de atención. En este caso, el foco de atención está en el peligro de la violencia étnica sangrienta, la realidad que demuestra que se trata a las culturas minoritarias de una manera humillante, la crueldad intencionada de restricciones lingüísticas, la represión policial y otras medidas más sutiles que recuerden a los miembros de una minoría que ellos no son ciudadanos de pleno derecho o personas completas. Tiene prioridad el trato que reciben las personas por su pertenencia a un grupo o el trato que se les concede cuando intentan pertenecer a sus grupos.”

(Levy, op.cit., 39)

Así, su preocupación fundamental es articular “los términos de nuestra coexistencia, las instituciones y normas que nos pueden ayudar a evitar las peores consecuencias de dicha coexistencia”. (ibid., 249) A pesar de que Levy admite en este mismo párrafo que los “peligros” y “dificultades” no son la única dimensión de la vida, ni la más importante, en un mundo multiétnico, y su defensa de que son simplemente los asuntos políticos y de teoría política más importantes, su argumento de partida tiende a tratar la etnicidad como si fuera en esencia un tipo de dinamita especialmente potente.

En realidad, divide su razonamiento en dos y distingue explícitamente entre las situaciones de los nativos americanos y de los afroamericanos, “una herencia que los americanos no han superado y no saben cómo superar” (op.cit., 16), y defiende que el “debate americano estándar exagera los problemas de opresión o separatismo con relación a la mayoría de grupos étnicos, [pero] minimiza estos dos casos tipificándolos con el resto”. (ibid.) Afirma que son los dos únicos casos en EE.UU. que se ajustan a los parámetros de su tesis, y descarta sin más la mayoría de los debates en EE.UU. sobre el multiculturalismo y las experiencias de otros grupos étnicos minoritarios en EE.UU. porque considera que no son significativos. Hay que reconocer que no podríamos pedir un índice más detallado de la multiplicidad de definiciones de multiculturalismo que el presentado.

La cuestión es si, a pesar del admirable propósito de Levy para ver la etnicidad como mutilación criminal, ¿podemos hacer esta división binaria en otros casos? Por ejemplo, ¿cómo explicar la carnicería en Bosnia-Herzegovina durante los años 1990, después de décadas de coexistencia pacífica? ¿Cómo explicamos la relación entre los siglos de coexistencia pacífica entre los musulmanes y judíos en España y Levante, o entre los hindúes y los musulmanes en el sur de Asia, y los períodos de agitación en las tres regiones? Parece que no conoce demasiado bien las experiencias de muchos mexicanos y personas procedentes de América Central que viven en EE.UU. que, si bien históricamente no son idénticos a los grupos que él señala, comparten gran parte de las experiencias que se enumeraron anteriormente como índices de humillación y degradación oficiales.

Todo lo que ofrece el enfoque de Levy es un intento de imaginar estructuras para contener y someter la violencia una vez establecida, una serie de estrategias profundas para las misiones de paz de la ONU. Puede que esto sea ¹⁴ un fin válido e importante en sí mismo, pero no tiene en cuenta las cuestiones impredecibles que surgen a causa de los cambios sociales y económicos que pueden convertir una situación estable en una situación extremadamente volátil. Trata aspectos de la ley indígena, los derechos culturales, la identidad cultural relacionada con los derechos de la tierra y la política simbólica, pero el enfoque básico relativo a soluciones en caso de crisis es muy limitado desde el punto de vista analítico.

A continuación pasaremos a comentar otra definición de multiculturalismo: el discurso contradictorio e incómodo del proyecto neoliberal sobre el tema, pero antes resumiremos lo explicado hasta el momento.

Hemos querido dejar claro que “multiculturalismo”, como muchas otras palabras de moda, está sujeto a interpretaciones muy distintas, tanto en la calle como entre expertos analistas sociales. En todo debate sobre comunicación intercultural, es preciso presentar la realidad y adoptar definiciones de trabajo estables (por supuesto, no es necesario ni deseable que sean uniformes entre los especialistas) Sin embargo, también hemos defendido que algunos de los autores modernos más interesantes que han escrito sobre el tema, aunque nosotros nos distanciemos de su opinión hasta cierto punto, insisten en una segunda prioridad consistente en presentar las dimensiones de poder en el discurso multicultural y no permitir que sean tratadas como un nenúfar exótico.

Para nuestros fines, consideramos que es realmente esencial que en los programas multiculturales y de análisis intercultural se ponga énfasis en el poder y la desigualdad. Concretamente, nos referimos a no hablar superficialmente de la persistencia y la potencia del racismo blanco en su multitud de manifestaciones. Mantenerlo en el eje de nuestro enfoque de realidades multiculturales tiene que ser la prioridad número uno. Con ello no queremos decir que la clase social, el género, la edad, la orientación sexual y otros aspectos no tengan su lugar. Al contrario, interseccionan con el racismo en numerosos puntos de la lista. Sin embargo, la gente admitirá, con o sin remordimientos, sus estereotipos y obsesiones con relación a estos otros factores con mayor facilidad que el racismo, con la única excepción de los neonazis o grupos similares. Por ejemplo, la

negación del racismo blanco, su identificación como enfermedad exclusiva de EE.UU., es en muchas naciones cada vez más común en todos los niveles,¹⁵ y mientras siga siendo así, existe el peligro de que casi todos los discursos sobre multiculturalismo traten implícitamente el racismo como si fuera una sombra pasajera. En este caso, su contribución se reduce a cero o bien no aporta nada.

El multiculturalismo en el proyecto neoliberal:

Esta discusión será un reto, tratado de forma más breve que el anterior. Se centra en una paradoja intrigante y potencialmente alarmante: hoy en día hay fuertes señales de que las instituciones globales clave del proyecto neoliberal –con ello nos referimos a una reinstauración global agresiva del fundamentalismo de las fuerzas del mercado, la abrogación o rechazo de la mano de obra y de los derechos del estado del bienestar, la conversión en bienes de consumo de casi todo lo imaginable– están adoptando un discurso multiculturalista. Un ejemplo concreto es la decisión del Banco Mundial de incluir en el orden del día de sus programas de América Latina y en otros programas las garantías de los derechos de las comunidades indígenas.¹⁶

Estas decisiones son relativamente recientes y, como indica Charles R. Hale, permiten realizar varias interpretaciones. Aunque como mínimo, queda claro que el énfasis absoluto en los derechos individuales de la propiedad y la protección emblemática del liberalismo clásico no queda indemne en la práctica neoliberal. Una cuestión clave es si esto constituye únicamente un intento para reprimir las energías indígenas detrás de proyectos de producción corporativa transnacional –por ejemplo, en la generación de un sector de reserva de mano de obra especializada definida en comunidad– o si al mismo tiempo abre nuevas vías para la autoaserción de la comunidad. Una cuestión igualmente importante es si el tipo de antagonismo amargo y *apartheid* social entre mayas y ladinos¹⁷ que ha caracterizado históricamente a Guatemala en concreto, pero que tiene resonancias en toda Latinoamérica, ahora se percibe como antiético para las estrategias que se han orientado al mercado con éxito, por su potencial de rebelión y desorganización.

Las señales son que la esperanza entre los dirigentes, y también en Guatemala entre los funcionarios del gobierno central y hasta cierto punto también entre los funcionarios provinciales que entrevistó Hale, es que abandonar la estrategia de negligencia y represión perseguida históricamente puede favorecer unas mejores condiciones de mercado, y que la “consecución” simbólica ideal en tales círculos consiste en encontrar a alguien como Alejandro Toledo, actualmente presidente de Perú, una persona con antecedentes de indígena puro pero que tiene un doctorado en Economía por la Universidad de Harvard. Parece ser que la percepción que se transmite es que la gente que supuestamente se “siente como en casa en los dos mundos” tiene la capacidad de hacer lo que “hay” que hacer y, al mismo tiempo, tiene legitimidad entre los sectores del público excluidos hasta el momento, los cuales prestarán su apoyo de inmediato. O como mínimo, estarán lo suficientemente desorientados políticamente como para no saber cómo saltar.

Lo que espanta a estos círculos es la posible aparición de dirigentes indígenas que, al ver estos círculos, defiendan una insistencia más intransigente sobre las identidades tradicionales mezclada con demandas continuas de cambios radicales en las condiciones de la comunidad. Sin embargo, como sugiere Hale, en el mundo real de la política del “tira y afloja”, esta zona indeterminada podría ser un impulso para aumentar la autoaserción de la comunidad.

Nosotros defendemos encarecidamente la tesis de que en situaciones de esta índole, los debates sobre multiculturalismo y comunicación intercultural deberían fijarse por sí mismos. No existen definiciones encontradas de multiculturalismo en un universo de razón pura sellado herméticamente. Como Kymlicka, Taylor, Modood y Werbner, y concretamente Wilson,¹⁸ Hughes,¹⁹ Hague,²⁰ o nosotros, los debates sobre el multiculturalismo se basan en realidades existenciales individuales. A continuación se enmarcan en propuestas ideológicas más amplias, como el orden neoliberal emergente, o bien, por ejemplo, las políticas transnacionales de las Poblaciones Indígenas. El multiculturalismo se rebate porque importa e impacta en la persona y en la sociedad. No se puede permitir que este debate conceptual politizado sea un dominio privilegiado de expertos políticos y sociólogos los cuales informan a los analistas de los medios de comunicación y a los profesionales de la educación. Está claro que las industrias de los medios están muy sensibilizadas sobre sus funciones e impacto en las sociedades multiétnicas. Han elaborado una serie de respuestas tácticas a las críticas de su actuación, incluidos los códigos de actuación²¹ y las iniciativas gestuales en la educación profesional. La elaboración de programas activos de supervisión de la actuación de los medios de comunicación en la definición de sus programas multiculturales y la representación de la diversidad étnica²² sigue siendo una tarea importante y necesaria. Sin embargo, las críticas de lo que han hecho los medios de comunicación no aportan necesariamente una consideración energética de lo que éstos deberían hacer en el mundo multiétnico contemporáneo. Seguir de cerca a los profesionales de los medios de comunicación no significa que también se analice directamente la especulación sobre el papel adecuado que deben desempeñar. Uno de nosotros²³ ha tenido justamente la temeridad de hacerlo. Por este motivo, en el siguiente apartado presentamos nuestra propuesta de cómo los medios de comunicación podrían posicionarse en los debates actuales sobre el multiculturalismo. En el apartado final presentamos una propuesta de cómo pueden articularse las bases de la psicología social de la comunicación interpersonal con críticas a la acción de los medios de comunicación y así ofrecer una preparación profesional reflexiva y política a los trabajadores de los estos medios en el mundo actual.

PARTE II : LA COMUNICACIÓN EN LA ESFERA PÚBLICA MULTIÉTNICA

Todo intento de especular sobre el papel potencial que desempeñan los medios de comunicación en las sociedades multiétnicas contemporáneas debe contener necesariamente un modelo implícito de multiculturalismo. El hecho de que un autor no aclare su postura no significa que ésta no exista. Si los profesionales no confirman que tienen un modelo, entonces significa que están utilizando por defecto cualquiera de las

posturas presentadas anteriormente, y probablemente lo hagan con torpeza. Por lo tanto, empezaremos por ser explícitos.

Kymlicka (1995), al elaborar su informe sobre la ciudadanía diferenciada, defiende la postura de lo que denomina derechos poliétnicos. Define estos derechos en términos de apoyo financiero y protección jurídica para determinadas prácticas asociadas a determinados grupos étnicos o religiosos. Estos derechos aportan la base para que el estado impulse el apoyo a iniciativas que puedan proteger determinadas prácticas religiosas y culturales que no serían sostenibles con las fuerzas del mercado existentes. De hecho, estos derechos poliétnicos pueden incluir una legislación que intente calmar las inquietudes sobre identidad y cultura de grupos minoritarios étnicos que son marginados o eliminados a causa de una discriminación deliberada o involuntaria por parte de la población de la etnia mayoritaria de un país.²⁴ Un apoyo especial del estado a las políticas de los medios de comunicación y la donación de fondos para que éstos se interesen por los grupos étnicos minoritarios son expresiones concretas de los derechos poliétnicos.

Constituye una acción correctiva útil para la amarga lucha ideológica sobre la definición conceptual de multiculturalismo destacada en el apartado inicial a fin de señalar la verdad que, de facto, estos derechos poliétnicos están muy extendidos, a menudo, por falta de una política multicultural nacional explícita. En Europa, una serie de estados tales como Noruega y Austria donan fondos a los medios de comunicación de minorías étnicas. En Gran Bretaña, donde no existe un debate intelectual sobre la situación de los escoceses como minoría nacional o las Poblaciones Indígenas, el gobierno nacional subvenciona un canal de televisión para el reducido número de hablantes de lengua escocesa. Asimismo, en la Australia etnocéntrica de Howard, el estado sigue subvencionando a BRACS (Broadcasting for Remote Aboriginal Communities Scheme), una cadena para las comunidades aborígenes remotas. La relación entre la teoría política, la política multicultural de los estados y la práctica de los medios es compleja y nada clara. Aceptemos como mínimo que los principios de los derechos poliétnicos se ven expresados en la práctica en muchos lugares.

Del mismo modo, las distinciones realizadas por Kymlicka dentro de la diversidad étnica en términos de reconocimiento de las minorías nacionales y las Poblaciones Indígenas, tales como tener derechos de autogobierno propio, existen también en un instrumento internacional como ILO 160 y en el Proyecto de Declaración Sobre los Derechos de las Poblaciones Indígenas de las Naciones Unidas.²⁵ Estos derechos se están articulando en la práctica con éxito, como demuestra el hecho de que los medios de comunicación maorís o sami establecen estructuras de gestión y regímenes de subvención específicos.²⁶

La conclusión básica a la que llegamos es que, de facto, en muchos países se llevan a cabo una serie de expresiones de ciudadanía diferenciada. Irónicamente, parece que una de las luchas más duras puede ser que dicha práctica se confirme como política. De hecho, existen una serie de instrumentos nacionales e internacionales que exigen explícitamente la aplicación de los derechos poliétnicos y de autogobierno con miras a

satisfacer las necesidades de los medios de comunicación de las comunidades étnicas minoritarias.²⁷

De este modo, en nuestra demanda de un modelo explícito del papel que desempeñan los medios de comunicación en las sociedades multiétnicas, empezáramos por un claro reconocimiento de todas las personas como inextricablemente sociales. La reducción arbitraria de las necesidades humanas a derechos humanos individuales es, por tanto, claramente insostenible. Existe la necesidad de asignar la naturaleza colectiva de las identidades y la reproducción cultural en la política de los medios de comunicación. El respeto a la diferencia no se puede reducir al trato igualitario de todos los individuos. Como afirma Taylor (1992), es preciso tener la imaginación moral necesaria para aceptar la realidad que si queremos tratar a personas y a comunidades étnicas específicas de manera igualitaria, tenemos que estar preparados para tratarlos de manera distinta.²⁸ En otras palabras, la lógica de la ciudadanía diferenciada no se convierte de hecho en un conjunto de prácticas pragmáticas sino en suposiciones fundacionales para entrever un entorno de medios multiétnicos.

En la práctica, esto significa que se reconoce que los medios de comunicación son vehículos críticos de reproducción cultural y de expresión política. Como revelará cualquier consideración de un caso concreto, esto significa que la política de un estado sobre la gestión de la diversidad étnica (multiculturalismo) y su política de medios de comunicación con relación a la respuesta que da a la topografía multicultural, deben estar relacionadas de manera coherente.²⁹ El hecho de que normalmente no sea así no significa que no sería lo ideal.

Asimismo, volviendo al apartado inicial, las relaciones de poder entre las comunidades étnicas mayoritarias y minoritarias, y la coherencia política interna de toda comunidad minoritaria específica, serán factores críticos en la elaboración de la formación de la infraestructura y las políticas de los medios de comunicación. Mientras que los instrumentos y las declaraciones políticas pueden enmarcar de manera satisfactoria la formación de un entorno de medios de comunicación multiétnicos, son estas relaciones socioeconómicas las que determinan en último lugar la economía política de los sistemas de medios de comunicación de las minorías étnicas.³⁰

Dada la expansión masiva de las tecnologías de los medios de comunicación y la consecuente proliferación de la diversidad y la segmentación de la audiencia, en los sistemas de los medios de comunicación cada vez es más factible, desde el punto de vista técnico y comercial, que las comunidades de minorías étnicas puedan satisfacer sus necesidades de medios de comunicación con medios propios. Así, queda claro que se puede llevar a la práctica la amplia gama de medios de comunicación implícita en las necesidades de ciudadanía diferenciada. De este modo se refleja la diversidad dentro de las comunidades étnicas minoritarias así como entre dichas comunidades. Este futuro imaginable plantea una serie de posibles consecuencias políticas. Una es que mediante el aumento de la fragmentación de la audiencia, los medios de comunicación facilitan la aparición de esferas públicas étnicas paralelas, cerradas de manera efectiva. Si bien esto puede ser interpretado como una espléndida expresión de la esencia de la ciudadanía

diferenciada, no favorece para nada la cohesión social interétnica dentro de un estado multiétnico. Por consiguiente, habrá siempre una necesidad política y, esperemos que también social, de que los medios de comunicación proporcionen un vehículo para la comunicación entre las fronteras étnicas. Este programa podría equilibrar bastante bien el ethos y el objetivo de las emisoras de servicio público.

En segundo lugar, otorgar voz a los intereses colectivos de las minorías étnicas no es necesariamente un vehículo para la cohesión social. Como se ha visto dolorosamente en Ruanda y en la ex Yugoslavia, los medios de comunicación pueden estar al servicio de objetivos con los intereses más malévolos de los grupos étnicos. Esto no constituye propiamente un reto fundamental para la promoción de los derechos de la ciudadanía diferenciada dentro de los sistemas de medios. Kymlicka reconoció claramente el hecho de que las personas pueden necesitar protección frente a los poderes abusivos de sus propias comunidades étnicas. El relativismo cultural absoluto³¹ no va necesariamente unido a un compromiso con la ciudadanía diferenciada. Se trata más bien de una tensión necesaria entre la garantía del respeto de las identidades de un grupo y la protección de las libertades civiles individuales. En cualquier estado, esto se expresaría en la práctica en las comprobaciones y balances entre los derechos constitucionales generales expresados en la ley, las particularidades de respeto del grupo expresadas en la legislación y la práctica multicultural del estado y las cuestiones específicas de la política de los medios de comunicación multiétnicos.

Por último, en el debate sobre una infraestructura de medios de comunicación rica y diversa que conceda derechos a todas las comunidades étnicas, puede que sea necesario pensar en una trayectoria desagradable dentro de los debates actuales sobre la democratización de los medios. La preocupación por la equidad en el acceso a los medios de comunicación y la implantación creativa de dichos medios, cuestión clave en el Informe MacBride y en las opiniones de sus defensores, a menudo queda en entredicho por algunas expresiones limitantes de lo que esto puede significar en la práctica. Hay un discurso visible en el que el ‘derecho a comunicarse’ queda cuestionado por una demanda más egocéntrica del derecho personal a opinar. Esta inquietud fundamental se convierte, por tanto, en un derecho unidireccional de la libertad de expresión, de publicación y de emisión. La dinámica interactiva esencial de la comunicación queda dañada por una preocupación miope relacionada con la expresión personal. A la vista de esta política lamentable, hemos tenido la temeridad de proponer un utópico ‘derecho a ser comprendido’.³²

”El derecho a ser comprendido tendría como prioridad el deber de buscar la comprensión de la postura del otro. El derecho a ser comprendido califica el derecho a comunicar mediante el rechazo y condensación de las rutinas egocéntricas y etnocéntricas al entablar comunicación con otros.”

Esta expresión utópica del propósito social de la comunicación, en su ingenuidad, revela los programas tristemente introvertidos de gran parte del entorno de los medios de comunicación actuales.

Así, el modelo del entorno de medios de comunicación multiétnicos mostrado es un modelo que rechaza la privatización del pluralismo cultural en el ámbito nacional. Define explícitamente un papel para el estado que elabore políticas genéricas para gestionar la diversidad étnica y políticas específicas sobre las políticas de los medios de comunicación multiétnicos comunicadas por el ethos y la práctica de la ciudadanía diferenciada. Es un modelo que rechaza la panacea hegemónica de los nacionalismos homogeneizantes. También es un modelo que anticipa las expresiones de conflicto que son consecuencia realista de sociedades estructuradas por desigualdades explotadoras entre comunidades étnicas. En resumen:

“Los elementos definitorios de un modelo de esfera pública multiétnica son tres. En primer lugar, el estado satisface las obligaciones de los derechos humanos de la primera generación creando el espacio para la expresión de libertades comunicativas, colectivas e individuales. En segundo lugar, mediante la adopción de la filosofía de ciudadanía diferenciadas y la aplicación de los derechos diferenciados del grupo en cuestión, el estado debería satisfacer las funciones de los derechos humanos de segunda generación al permitir la aparición y vitalidad continuada de una estructura de medios de comunicación diversos que refleje la diversidad étnica presente en la sociedad. Por último, coherente con el pensamiento de los derechos humanos de tercera generación, el estado debería promover ‘el derecho a ser comprendido’ como principio que debería informar del ejercicio de los derechos comunicativos promovidos por las dos acciones anteriores. Es ciertamente un modelo utópico”...³³

PARTE III : COMUNICACIÓN INTERCULTURAL, REPRESENTACIÓN Y EDUCACIÓN Y FORMACIÓN PROFESIONAL*

La inquietud por la deconstrucción de un debate tan politizado en torno al multiculturalismo y la conceptualización y representación de la diversidad étnica es un elemento necesario del análisis de los medios de comunicación. Sin embargo, una proporción significativa de los miembros de la Asociación Internacional de Investigadores en Comunicación Social (AIECS) está comprometida activamente en la formación y educación de los medios de comunicación y es pertinente comentarlo en este informe a fin de reflejar el papel que desempeñan la formación y la socialización profesional en la educación de los empleados de los medios de comunicación para que trabajen de manera responsable en sociedades multiétnicas. Un proyecto importante financiado por la Unión Europea, “Tuning in to Diversity” (*Sintonizando con la diversidad*) está estudiando la relevancia de los códigos de actuación de los medios de comunicación en la representación de la diversidad étnica, y está revisando los esfuerzos necesarios para mejorar la responsabilidad de los medios y la justificación de sus actividades. Existe una plétora de códigos, directrices y recomendaciones. Las pruebas

* Para elaborar este apartado se ha consultado “Codes of Practice and Media Performance: a Systems Approach”, un trabajo de Charles Husband y Yunis Alam, y el Proyecto de la UE “Tuning in to Diversity”.

sobre las actuaciones actuales sugieren que la preparación de los profesionales de los medios de comunicación para la práctica todavía tiene que desempeñar un papel importante. Casi irónicamente, dada nuestra crítica anterior de la documentación existente sobre comunicación intercultural, en el siguiente apartado sugerimos que una solución técnica ‘fijada’ para proporcionar información sobre los peligros de la representación de los medios de comunicación es improbable que triunfe sin una voluntad complementaria de tomar en serio la formación profesional, por un lado, presentando una introducción crítica a los discursos sobre multiculturalismo y, por otro lado, exigiendo un compromiso con la disposición personal que el trabajador de los medios de comunicación tiene al representar la diversidad. Esto incluye necesariamente una fusión creativa de la psicología social, la ciencia política y el análisis de los medios. Está claro que la educación en las técnicas de producción de medios no puede formar por si misma a los trabajadores en los medios para que entiendan los debates contemporáneos sobre los racismos y el multiculturalismo. Ni ellos pueden comprender cómo estas técnicas pueden formar del programa de representación.

Los códigos de prácticas, las directrices persuasivas y las panaceas bien intencionadas de la representación de la diversidad étnica tendrán un impacto mínimo si el personal profesional que trabaja en las instituciones de los medios de comunicación no tiene los conocimientos ni la motivación suficientes para promover un cambio positivo en las prácticas.

Los códigos de actuación se elaboran a partir de marcos de valores que reflejan circunstancias específicas desde el punto de vista nacional e histórico. Así, los profesionales de los medios de comunicación introducidos en su profesión a través de una referencia explícita a dichos códigos “profesionales” son invitados, a menudo de manera implícita, a ensayar y consolidar valores específicos culturalmente existentes. Como Shohat y Stam (1994)³⁴ han comentado sobre el eurocentrismo y otros han defendido más específicamente con relación a los medios nacionales y regionales,³⁵ existe una fuerte fusión entre los intereses comerciales de los medios y los supuestos culturales asumidos como buenos por parte de los profesionales de los medios que facilita la reproducción directa de las normas culturales y políticas dominantes. Gran parte de este proceso, o casi todo, no requiere la aplicación de ninguna coerción específica en el personal de los medios para obtener este resultado. Esto es un auténtico reto para la adecuación de la mayor parte de la formación y educación profesional destinada a la preparación del personal que trabajará en un contexto multiétnico.

Una iniciación a la competencia en los resultados técnicos de la producción del contenido de los medios de comunicación, ya sea periodismo, teatro o cine, está en el mundo contemporáneo, y aunque constituye sólo una base necesaria, no es suficiente para la práctica profesional. La plétora de requisitos formales y normas persuasivas sobre las responsabilidades de los medios en el mundo multiétnico contemporáneo garantiza que la competencia técnica se complemente con una sensibilidad estudiada con esmero para reconocer los peligros de la práctica profesional irracional. Tanto los actos de desfiguración involuntaria de la realidad tales como los actos maliciosos son preocupaciones legítimas en las críticas a la actuación de los medios de comunicación.

La *práctica responsable de los medios* requiere tanto conocimientos como competencia técnica, así como un mapa mental muy determinado. Así, al elaborar el programa educativo para preparar a los profesionales de los medios a fin de que realicen su trabajo con una práctica responsable, puede ser muy útil consultar la extensa documentación existente sobre competencia intercultural. Hay una gran cantidad de documentación así como recursos comerciales y universitarios sobre este ámbito. Sin embargo, para nuestros fines es útil empezar de manera pragmática con la clarificación del lenguaje conceptual que ayudará a definir la tarea educativa y proporcionará un marco para la operacionalidad del contenido de formación relevante. Kim (1992)³⁶ presenta un útil modelo de “sistemas-teórico” que distingue entre dos competencias complementarias: concretamente, distingue entre la *competencia comunicativa intercultural*, por un lado, y la *competencia comunicativa cultural*, por otro lado.

La competencia comunicativa intercultural:

Define la “competencia comunicativa intercultural” como una habilidad comunicativa genérica que nos permite a todos ser flexibles y abiertos en la adaptación al reto de las interacciones interculturales: independientemente de las culturas específicas implicadas en el intercambio. Al comentar la posibilidad, y necesidad, de esta competencia, se refiere de nuevo al estrés inherente en toda interacción entre culturas. La no familiaridad con la cultura y el comportamiento de otras personas, una preocupación por entender mal las cosas, una ambigüedad sobre el contenido real y el significado del flujo de información y un deseo de controlar la interacción... todo ello transpira y genera ansiedad. Además, esta ansiedad probablemente interactuará con sentimientos y estereotipos entre grupos y fomentará una ‘postura entre grupos’ determinada. Básicamente, consistirá en una percepción de la gente de identidades étnicas distintas a través de un filtro perceptual de tipo ‘nosotros contra ellos’. El estereotipo no solo reduce drásticamente la ambigüedad acerca de lo que puede esperarse de otra persona, sino que, recíprocamente, hace relevante la identidad propia del individuo y ofrece una certeza falsa sobre los valores y creencias propios.³⁷ Por supuesto, esta postura entre grupos se considera razonable y no problemática según la visión del mundo comúnmente aceptada que una persona aporta a toda situación interétnica. Así, en el núcleo de la competencia comunicativa intercultural hay una autoconciencia crítica reflexiva de nuestros propios programas y bagaje cultural. En palabras de Kim:

”En otras palabras, las personas que desean realizar interacciones interculturales efectivas deben equiparse con un conjunto de habilidades para poder entender y tratar con la dinámica de la diferencia cultural, la postura intergrupala y la inevitable experiencia del estrés.” (Kim 1992 : p. 376)

Aunque el modelo de Kim está destinado a la aplicación en encuentros interculturales en vivo, se puede ver claramente que tiene relevancia para la serie de actividades incluidas en los procesos de producción de los medios de comunicación. En concreto, cuando se tiene en cuenta la división de la competencia intercultural en tres dimensiones relacionadas. Kim sugiere que la adaptabilidad en el núcleo de esta

competencia debe expresarse utilizando las tres dimensiones relacionadas del comportamiento humano: la dimensión cognitiva, la afectiva y la conductual.

Con relación a la cognición, Kim nos remite a la documentación sobre estilos cognitivos en la que la simplicidad cognitiva, con una gama de conceptos limitada, se compara con la complejidad cognitiva y la rigidez cognitiva se yuxtapone a la flexibilidad cognitiva. Con respecto a las relaciones interétnicas, el modelo clásico de rigidez y defensa cognitiva se expresa, por supuesto, en el síndrome de la “Personalidad autoritaria”.³⁸ Sin embargo, la psicología social ha seguido aportando información muy valiosa a las dinámicas culturales y psicológicas que interactúan en la producción de la percepción selectiva.³⁹ Además, en relación con los medios, van Dijk (1991)⁴⁰ ha revelado con acierto que los esquemas mentales limitados pueden encontrarse en la creación de nuevas historias. Así, la dimensión cognitiva de la competencia intercultural aspiraría a mantener una franqueza flexible al relacionarse con el mundo. Es un rechazo a ser dogmático, es un deseo razonado a no querer reducir las nuevas experiencias a cómodas categorías de clichés. Al respecto es totalmente coherente con el énfasis en la verdad y la objetividad en el periodismo, y al impulso creativo de los medios de entretenimiento y las artes.

La dimensión afectiva de Kim se caracteriza por una franqueza emocional y estética. Se define por un rechazo al etnocentrismo y al prejuicio. Exige un rechazo a la pereza emocional que elige una cabeza de turco donde los estereotipos rígidos alimentan la expresión de hostilidad y demandas impropias de superioridad.⁴¹ Desde un punto de vista positivo, la dimensión afectiva de la competencia intercultural se caracteriza por la empatía con los demás: no solo el conocimiento de los otros, sino un compromiso emocional con sus vidas y experiencias. Ya sea en la prensa, la literatura o el cine, hay una gran cantidad de documentación preocupante que revela los programas emocionales negativos expresados y evocados por los medios de comunicación contemporáneos en sociedades multiétnicas. Así, esta dimensión afectiva invita a la inculcación deliberada de una franqueza emocional positiva y dirigida a los demás en nuestro encuentro con ellos, en lugar de un ensayo irracional, aunque activo, de cerrazón y defensiva emocional. Precisamente esta fusión de franqueza cognitiva y emocional es defendida en la obra de Stockwell y Scott (2000) *All-Media Guide to Fair and Cross-cultural Reporting*.⁴² Este importante manual australiano afirma que la competencia entre culturas necesita que:

“El empleado en los medios de comunicación que aspira a contar toda la historia tiene que dejar atrás lo familiar y acercarse a lo no familiar con curiosidad, sensibilidad, respeto e imaginación moral para entender el mundo desde una perspectiva cultural que puede diferir de la propia...”

Los empleados en los medios de comunicación deberían tener siempre presente que sus propios valores, creencias y prácticas están influidos por su propia experiencia de la cultura y que no tienen la única visión ‘correcta’ del mundo.”

(Stockwell y Scott, 2000, Apartado 5)

Además, la dimensión conductual de la competencia intercultural destaca nuestra capacidad para adaptarnos y ser flexibles en nuestro comportamiento. En etología, el estudio del comportamiento animal, el concepto de “repertorio conductual” se refiere a toda la serie de comportamientos posibles que es capaz de hacer un animal. Así, respecto a la competencia intercultural, se aspira a poder sentirnos cómodos con una larga serie de comportamientos, aunque solo una parte de éstos se muestren de la rutina diaria. Una vez más, se aspira a la flexibilidad óptima. La dimensión conductual, contraria a las primeras impresiones, no está relacionada únicamente con los encuentros cara a cara; por ejemplo, en el caso de un periodista que se sintiera cómodo o no se sintiera cómodo a una distancia social interpersonal distinta a la habitual en otra cultura. El comportamiento forma parte también de una ideología; el yo personificado tiene una “conciencia práctica” que regula nuestras acciones al tiempo que regula los esquemas de nuestra “conciencia discursiva”.⁴³ Por consiguiente, el tema de la franqueza, la flexibilidad y la adaptabilidad, que era esencial en la cognición y el afecto, es igualmente importante en nuestra comprensión de la relevancia genérica de la dimensión conductual de la competencia intercultural.

Estas tres dimensiones, en interacción dinámica en la práctica diaria de todo profesional que trabaje en los medios, definen su buena disposición para poder iniciar una relación con el otro con diferencia. Se trata de habilidades basadas en una disposición a permanecer autocríticos de manera reflexiva y abiertos a las diferencias de los demás; sin prejuicios que diferencian de manera negativa y favorecen un comportamiento acorde. Podrían integrarse como están en el plan de estudios de los cursos de formación profesional y, claro está, también en la formación de los periodistas. Es la base de la aptitud para iniciar las relaciones con el “derecho a ser comprendido” que comentamos anteriormente.

Hay una gran diferencia entre los estados nación en términos de su comprensión y tratamiento de la diversidad étnica. Además, como hemos visto, los aspectos relativos al pluralismo y al multiculturalismo constituyen temas muy controvertidos de los programas políticos. Por consiguiente, a fin de preparar a periodistas y otros profesionales de los medios para trabajar en este entorno de prácticas y debates tan politizados sobre la etnicidad y la ciudadanía, es preciso que conozcan este debate de una manera estructurada y bien analizada. Deben formarse para tener la capacidad de explorar su propia situación en este debate y reconocer los discursos dominantes en su país de origen, y, de la práctica, dentro de este contexto. El desarrollo de la competencia intercultural debe incluir siempre al individuo en un proceso de revelación de sus propios mundos de ideas y valores asumidos sin cuestionar. Por consiguiente, en cada caso, esto implica explorar la superficie de la biografía personal y el contexto específico de la socialización del individuo. Esto puede ser fastidioso e incómodo. Sin embargo, cuando el idioma conceptual que puede ayudar a revelar un sentido propio personal de identidad nacional y étnica es inestable y discutido, esta tarea es doblemente difícil. Por este motivo, los debates políticos y académicos actuales sobre la naturaleza de la identidad, la ciudadanía, la diferencia y el multiculturalismo, comentados anteriormente, deben examinarse como parte de un proceso genérico de preparación del personal de los medios para la práctica en el mundo multiétnico contemporáneo. Irónicamente, la elaboración de una

competencia intercultural genérica exige que el individuo se interrogue sobre la especificidad de su propia identidad y cultura.

En esencia, la adquisición de la competencia intercultural exige que todos los trabajadores en los medios tengan la posibilidad de adquirir una comprensión reflexiva crítica de las estructuras de sus creencias y sentimientos que utilizan en sus relaciones con diversidad étnica. Del mismo modo, deberían poder reflejar la adecuación de su propio repertorio conductual para interactuar de manera efectiva entre una serie de escenarios culturales. Estos asuntos pueden plantearse en un seminario específico, y luego consolidarse con un seguimiento de las implicaciones de su aprendizaje en programas concretos distribuidos por temas entre toda la carrera y las prácticas. Puesto que la competencia intercultural se define como una habilidad genérica, se puede asumir que será relevante para la mayoría de prácticas en los medios.

La competencia comunicativa cultural:

Sin embargo, aunque la competencia intercultural, desarrollada y aplicada correctamente, permite a un profesional de los medios de comunicación tratar con cualquier programa intercultural, irónicamente le dejará demasiado expuesto por su ignorancia sobre cualquier contexto cultural específico. El hecho de estar bien dispuesto, en un sentido general, a la franqueza y a una actitud sin prejuicios hacia la diferencia facilita la habilidad del profesional para buscar información y manejar la información con equidad. Pero esto no aporta conocimientos de otras culturas y pueblos. Por este motivo, Kim expresa la necesidad de una *competencia comunicativa cultural* complementaria. Esta competencia se refiere a la necesidad, al tratar con otra cultura o persona de un contexto étnico distinto, de adquirir información relevante específica sobre la historia, valores culturales, sistemas institucionales y conductuales de dicha sociedad.

La esencia del etnocentrismo radica en la asunción de que el comportamiento y los valores de la propia cultura son una norma universal e histórica que puede aplicarse en todas las otras culturas, o que puede emplearse para juzgarlas. De este modo, la adquisición de un conocimiento cultural específico tiene dos ventajas. Proporciona la representación precisa de dicha cultura y su gente, y proporciona la experiencia concreta de la diferencia que aporta la práctica de la competencia intercultural. Por supuesto, la buena disposición característica de la competencia intercultural es también un requisito previo necesario para la correcta interpretación y utilización de dicho conocimiento específico desde el punto de vista cultural. Los comprensión de una cultura por parte de personas ajenas a ella es una actividad compleja incluso para los antropólogos que supuestamente ya tienen experiencia en el tema.⁴⁴ Tanto para los periodistas que buscan información sobre otra comunidad, como para otros profesionales de los medios cuyo trabajo crea una representación de comunidades distintas de la propia, la práctica responsable de los medios exige que éstos se preparen para la tarea con la adquisición de la competencia cultura adecuada. Es razonable asumir que las escuelas de periodismo existentes en determinados países incluyen en el plan de estudios una *introducción a la competencia cultural*, como mínimo acerca de las comunidades étnicas mayoritarias y las minoritarias más sobresalientes en su país. Esta formación también puede impartirse

mediante módulos de autoaprendizaje y guías a los sitios web adecuados, así como prácticas en organizaciones de la comunidad y medios de minorías étnicas.

A continuación presentamos un ejemplo muy útil de Stockwell y Scott que ilustra la necesidad de proporcionar a los trabajadores de los medios de comunicación los conocimientos culturales específicos que necesiten para trabajar con gente de determinadas comunidades étnicas: la población aborigen y los isleños del Estrecho de Torres en Australia. Entre las normas culturales específicas que les caracteriza destacan la sensibilidad en el contacto visual, los saludos, el tiempo, el significado del parentesco, la denominación de las personas fallecidas y el acceso a la tierra de los indígenas. La información que ofrecen muestra de manera elocuente la facilidad con que pueden originarse malentendidos y resentimientos en caso de no hacer un uso adecuado de los conocimientos culturales específicos. Asimismo, avisan de manera explícita que hay que prestar atención para no emplear de manera despreocupada estos ‘conocimientos culturales’ con ninguno de los miembros de las comunidades de aborígenes e isleños del Estrecho de Torres. Estos estereotipos “informados” son tan peligrosos como la ignorancia. Entre otras cosas, indican que:

“Las comunidades indígenas de Australia tienen su propia historia, política, cultura y experiencia lingüística. Aunque entre ellas pueden compartir algunas experiencias y circunstancias similares, no son un grupo homogéneo y nadie puede hablar por todos los indígenas.”

“No se exagera al afirmar que las comunidades aborígenes y los isleños del Estrecho de Torres son distintos y que, por tanto, no existen consejos sobre asuntos de procedimiento, y una lista definitiva de lo que puede hacerse y lo que no puede hacerse no será relevante en todas las situaciones.”

(Stockwell y Scott, 2000, Apartado 12/13)

Esta precaución subraya el complejo reto de la integración de la competencia intercultural con la competencia cultural a fin de promover una práctica responsable de los medios. La flexibilidad y la habilidad aprendida para tolerar de manera creativa la ambigüedad en una situación que está en el centro de la competencia intercultural proporciona la relación apropiada para la recopilación y procesamiento de la información. Crea el espacio dentro del cual puede evaluarse la relevancia de los conocimientos culturales específicos, en un caso determinado. Alimenta la “imaginación moral” para permanecer abierto a la diferencia.

La competencia intercultural de los medios:

Queremos dejar claro que la competencia comunicativa intercultural y la competencia comunicativa cultural son habilidades interactivas obligatorias para los profesionales de los medios de comunicación que trabajan en el mundo multiétnico contemporáneo. Por supuesto, son igualmente relevantes para las enfermeras transculturales y los ejecutivos internacionales.⁴⁵ Sin embargo, las habilidades de los profesionales de los medios son bastante distintas, puesto que, al estar incluidas en su

práctica profesional diaria, exigen una *competencia intercultural de los medios* específica.

Como en el caso de las competencias anteriores, la mayor parte de los conocimientos sobre sus necesidades y naturaleza puede derivarse de las revisiones críticas de las prácticas pasadas. Como hemos visto anteriormente, hay mucha documentación que ilustra gráficamente la naturaleza y las causas del fracaso de los medios al representar la diversidad étnica. Probablemente, la mayor fuente de fracasos se halle en el uso rutinario e irreflexivo de las habilidades profesionales. Esto es importante porque se centra precisamente en el hecho de que los “buenos profesionales” son adeptos a una mala representación de las culturas y las personas de minorías étnicas. Así, un elemento imprescindible en la competencia intercultural de los medios es el desarrollo de una reflexividad crítica hacia los peligros del ejercicio de la rutina en la adquisición de las habilidades profesionales. Una vez más, no faltan recursos y documentación que pueden sostener el desarrollo de una competencia intercultural crítica de los medios. Esta documentación está recogida en la gran cantidad de cursos en escuelas y universidades de educación de los medios, donde los planes de estudios de los cursos y los textos proporcionan una sensibilización hacia el poder de la narrativa y la representación visual en la normalización de las relaciones de poder existentes en la sociedad. Asimismo, existe una iniciativa europea que promueve la competencia intercultural de los medios denominada “More Colour in the Media” (*Más color en los medios*)

En todo acto de representación existe necesariamente un enlace interpretativo entre lo representado y para quién se representa, entre el sujeto y la audiencia. Normalmente, los representados por el proceso de producción de los medios tienen poca o ninguna información sobre el proceso de representación. Además, normalmente el proceso de producción está empapado de una comprensión implícita de quién será la audiencia deseada. Así, la audiencia, al consumir e interpretar la noticia, la novela o la película, no experimenta normalmente ningún abismo de desconcierto o incompreensión cuando se encuentra con el producto generado profesionalmente. La visión del mundo compartida por los profesionales de los medios de una etnia dominante y las audiencias de los medios de etnias dominantes proporcionan una simetría hermenéutica que permite que la transmisión del significado sea eficiente y en varios niveles. La noción de la audiencia pasiva bombardeada sin opción por los mensajes de los medios ha pasado a la historia. La audiencia aporta al contenido de los medios un repertorio interpretativo con raíces profundas en su socialización, identidad y circunstancias actuales.

Así, al codificar o decodificar la estructura narrativa de una noticia o el argumento de una película, entran en juego una serie de complejas asunciones políticas y culturales muy fuertes. Por consiguiente, la estructura narrativa de una película, por ejemplo, se deconstruye totalmente para revelar las ideologías dominantes de raza y las diferencias incorporadas.⁴⁶ Del mismo modo, como se ha indicado más arriba, la capacidad del periodismo de crear representaciones de la realidad muy partidistas se expone y critica continuamente. Es el poder de los “nuevos valores”, que se han interiorizado en el núcleo de la práctica de un buen periodista y han sido identificados durante mucho tiempo como la aportación del ímpetu hacia la parcialidad y la miopía en la información diaria en

televisión y prensa.⁴⁷ Se deduce de todo ello que un elemento de la competencia intercultural de los medios debe ser una conciencia reflexiva y crítica para identificar cómo pueden reproducirse estos resultados sin pensar en la práctica profesional diaria. Una educación adecuada para evitar estos resultados debe formar parte de toda formación profesional. Está claro que la transmisión de los hechos y conocimientos mediante esta formación debe ser una parte necesaria, aunque no la única, de la educación profesional. En caso de no existir una disposición adecuada hacia el aprendizaje y la práctica, esta información puede ser fácilmente descontada. Una competencia comunicativa intercultural complementaria es un catalizador necesario para el proceso de adquisición de una sensibilización hacia los peligros de la construcción narrativa. Una vez más, los conocimientos reflexivos de los peligros de las ideologías dominantes etnocéntricas proporcionan una base para evitar una serie de formas de representación errónea negativa, pero no proporcionan los conocimientos básicos que deben sostener las representaciones precisas y apropiadas de otras culturas y pueblos. Una buena disposición para invertir tiempo en el trabajo necesario para adquirir competencias culturales específicas es un complemento positivo necesario para la autodisciplina a fin de evitar la representación errónea.

Sin embargo, con relación a los medios visuales, la narrativa no es independiente de la construcción visual de la realidad. Con respecto a la fotografía y el cine, se ha estudiado la capacidad de la audiencia para leer las convenciones de la representación visual. Se trata de una habilidad adquirida incorporada profundamente en las asunciones culturales no verbales. Las habilidades profesionales de la producción visual se han traducido en una competencia normativa de la audiencia al leer los mensajes visuales. Leer lo visual es una asociación colusoria de los medios de comunicación y la audiencia en el ejercicio de técnicas aprendidas complementarias de representación visual. En palabras de Nelmes (1999 p. 108)⁴⁸: “las técnicas y el uso del ‘lenguaje’ de la cámara tienen que ser desarrollados por los cineastas y ‘aprendidos’ por la audiencia”.

El marco visual de la interacción entre la mayoría y la minoría étnica mediante la construcción técnica de un mensaje específico en escena utiliza una serie de juicios profesionales, incluido el ángulo de la cámara, la iluminación y la ubicación de las personas en el marco que, paradójicamente, parecen invisibles pero son muy poderosos. Por lo tanto, una práctica responsable de los medios precisa que un elemento adicional de competencia intercultural incorpore una sensibilidad autoconsciente sobre la potencia de las técnicas profesionales rutinarias. La sutilidad y el poder de estos códigos visuales las convierte en herramientas especialmente peligrosas de prácticas etnocéntricas y racistas de los medios. Muchos, pero no todos, de los elementos racistas de un discurso verbal son vulnerables a la detección y a la crítica, (especialmente en determinados periódicos europeos, por ejemplo) Sin embargo, la verdadera naturaleza de los códigos de representación visual considera que no obstaculizan y normalmente no son problemáticos.

La formación en la competencia intercultural de los medios exige una sensibilidad hacia las habilidades del trabajador de los medios y unas credenciales adecuadas en aquellos que impartirían la formación. STOA y “More Colour in the Media” imparten

cursos de este tipo así como formación en la promoción de la práctica responsable de los medios en el contexto europeo.

Desgraciadamente, a menudo dicha formación se considerará como algo periférico respecto a los objetivos básicos de la socialización profesional, entendida como una adquisición de las habilidades del mercado que garantizan la aceptación como miembro de la profesión. Sin embargo, cada vez está más claro, según todo lo dicho hasta ahora, que son precisamente estas habilidades realizadas como rutina que constituyen la base para la reproducción de las ideologías dominantes y la imaginería racista. Una práctica responsable de los medios exigiría que, a medida que la gente joven se introduce en todas las profesiones relacionadas con los medios, se les facilite una *competencia intercultural* genérica que les informe sobre la práctica. Del mismo modo, deben poder entender la necesidad de adquirir una *competencia cultural* específica y cómo adquirirla. Dicha competencia estará supeditada a las particularidades de su trabajo. La *competencia intercultural de los medios* es una sensibilidad reflexiva necesaria para las herramientas de su trabajo que permitirá a los profesionales de los medios empezar a cumplir las demandas de sus códigos profesionales de una manera viable y responsable.

CONCLUSIÓN

Si bien admitimos que el modelo para el entorno de medios multiténicos presentado en el apartado anterior tenía un tono utópico, este debate sobre la preparación profesional para una práctica responsable pone de relevancia inmediatamente las circunstancias desfavorables en las que debe aplicarse. Los sentimientos xenófobos, racistas y antidemocráticos no aparecen en los medios únicamente a través de malos hábitos ideológicos no intencionados. A menudo son una expresión directa de la política editorial y de los propietarios de los medios. Además, los periodistas de la etnia mayoritaria son depositarios de fuertes sentimientos etnocéntricos y nacionalistas. Sin embargo, volviendo al apartado inicial, el multiculturalismo puede considerarse un ámbito muy controvertido. No solo es controvertido en el terreno de las ideas, sino que es una lucha inflexible sobre los recursos y el poder. El realismo sobre la naturaleza y las implicaciones de la exclusión social y la desigualdad étnica, por un lado, plantea la necesidad de modelos explícitos para un entorno de medios multiétnico y, por otro lado, prepara la lucha para poner en práctica políticas consecuentes.

¹ Un ejemplo reciente de lo que consideramos improductivo lo encontramos en una obra de un estudioso que ha sido identificado durante mucho tiempo con esta tradición, Young Yun Kim. La obra se denomina “Adapting to an unfamiliar culture: an interdisciplinary overview”, y la referencia bibliográfica es William B. Gudykunst & Bella Mody., eds., *Handbook of International and Intercultural Communication*, Thousand Oaks, California, Sage Publications Inc., 2002, 259-73. Es sintomática de la esterilidad de dicho enfoque, que Gudykunst lamenta en su introducción al apartado sobre comunicación intercultural (ibid., 180), afirmando que “no se han llevado a cabo investigaciones suficientes sobre el poder en las interacciones interculturales para escribir un capítulo”. Él expresa la esperanza de que esto cambie en la nueva edición, pero dado el desierto conceptual en que se encuentra gran parte de este género de investigación, el progreso puede estar mucho más lejos de lo que imagina. A nuestro parecer, la omisión del papel del poder es una especie de pecado original... Sin embargo, los ensayos en los apartados Internacional y Desarrollo justifican la compra del libro.

² Más famoso en “Multiculturalism and the ‘Politics of Recognition’”, en Amy Gutmann, ed., *Multiculturalism and the ‘Politics of Recognition’*, Princeton: Princeton University Press, 1993.

³ Es muy conocida su obra *Multicultural Citizenship: a liberal theory of minority rights*, Oxford: Oxford University Press, 1995.

⁴ Véase Christiane Gagnon, “Bloc Québécois: integration rather than multiculturalism,” en Andrew Cardozo y Louis Musto, eds., *The Battle Over Multiculturalism: does it help or hinder Canadian unity?* Ottawa: PSI Publishing, Pearson-Shoyama Institute, 1997, 42-45.

⁵ Para conocer un análisis de una posición conservadora representativa, véase de Della Kirkham, “The Reform Party of Canada: a discourse on Race, Ethnicity and Equality”, en Vic Satzewich, ed., *Racism And Social Inequality In Canada: concepts, controversies and strategies of resistance*, Toronto: Thompson Educational Publishing, Inc., 1998, 243-67. Para conocer las críticas de las minorías étnicas hacia el multiculturalismo que tuvieron bastante repercusión en el debate público de Canadá, véase especialmente de Neil Bissoondath, *Selling Illusions: the cult of multiculturalism in Canada*, Toronto: Penguin Books, 1994, y, como lectura complementaria, Suwanda Sugunasiri, *How To Kick Multiculturalism In Its Teeth: towards a better tomorrow with critical compassion*. Toronto: Village Publishing House, 1999.

⁶ Cf. Arthur Schlesinger, Jr., *The Disuniting of America*, New York: W.W.Norton, 1990.

⁷ Este es mi punto de vista, no exento de críticas. Para conocer un debate sobre el tema, véase de Roderick Hart y John Downing, “Is there an American public?”, *Critical Studies In Mass Communication* 9.2 (1992), 201-215.

⁸ Para conocer una opinión populista de la extrema derecha, que afirma que la disolución nacional es ahora prácticamente irreversible, véase de Patrick Buchanan, *The Death of the West: how dying populations and immigrant invasions imperil our country and civilization*, New York, Thomas Dunne Books/St. Martin’s Press, 2001.

⁹ Brian Barry, *Culture and Equality: an egalitarian critique of multiculturalism*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2001.

¹⁰ Jacob T. Levy, *The Multiculturalism of Fear*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

¹¹ Danielle Juteau, “Multicultural citizenship: the challenge of pluralism in Canada,” en Veit Bader, ed., *Citizenship and Exclusion*, Basingstoke, UK: Macmillan, 1997, 96-112.

¹² Iris Marion Young, *Justice and the Politics of Difference*, Princeton: Princeton University Press, 1990.

¹³ Ibid., 23, 87.

¹⁴ El “puede que” se refiere no a los méritos de paz sino al secuestro de la ONU como foro global, desde su fundación, por las prioridades de política mundial del gobierno de EE.UU.

¹⁵ Cf. John Downing, “Hemispheric cultural unity? Let’s begin with the denial of white racism.” Trabajo presentado en la PanAmerican Conference, Université de Québec á Montréal, abril de 2002.

¹⁶ Aquí consultamos los estudios de Charles R. Hale, profesor del Departamento de Antropología, y codirector del programa de investigación Raza, Derechos y Recursos en el Instituto de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Texas. Le agradecemos sinceramente que compartiera con nosotros su artículo “Does multiculturalism menace? Governance, cultural rights and the politics of identity in Guatemala,” previsto para ser publicado en el *Journal of Latin American Studies* en 2003. John Downing asistió a un seminario en la Universidad de Texas en enero de 2002 donde el Dr. Hale siguió profundizando sobre el tema.

¹⁷ Término utilizado en Guatemala para identificar a alguien que tiene mezcla indígena y europea. En otros lugares se denominan “mestizos”. Los ladinos, junto a un reducido grupo de gente con descendencia directa europea, han sido la clase gobernante de Guatemala.

¹⁸ Véase de W.J. Wilson (1999) *The Bridge Over the Racial Divide*. Berkeley: University of California Press.

¹⁹ Véase de Robert Hughes (1994) *Culture of Complaint*. London: Harvill

²⁰ Véase de Ghassan Hage (1998) *White Nation*. Annandale NSW: Pluto Press

-
- ²¹ Como parte del proyecto financiado por la Unión Europea “Tuning in to Diversity”, Charles Husband y Yunis Alam han elaborado una extensa, aunque no exhaustiva, colección de códigos de actuación con una amplia crítica de su utilidad, en Multicultural Skyscraper (<http://www.multicultural.net>), disponible a partir de mayo de 2002.
- ²² En Europa, por ejemplo, la Unión Europea ha fundado el European Monitoring Centre on Racism and Xenophobia (<http://eumc.eu.int>), una de las funciones del cual es reflejar la cobertura que los medios dan al racismo y a la diversidad étnica.
- ²³ Véase, por ejemplo, de Charles Husband (1996) ‘The Right to be Understood: Conceiving the Multi-Ethnic Public Sphere’ en *Innovation: the European Journal of Social Science*, Vol. 9, N° 2, junio 1996 pág. 205-216, y de Charles Husband (1998) ‘Differentiated Citizenships and the Multi-Ethnic Public Sphere’ en *Journal of International Communication* 5 (1&2), diciembre, pág. 134-148.
- ²⁴ Véase, por ejemplo, la edición especial de *New Community*, 1994.
- ²⁵ Véase, por ejemplo, el artículo 17 del Proyecto de Declaración que afirma que: “los pueblos indígenas tienen derecho a establecer sus propios medios en su propio idioma. También tienen derecho a la igualdad de acceso a todas las formas de medios no indígenas. Los estados tomarán medidas efectivas para garantizar que los medios propiedad del estado reflejen la diversidad cultural indígena.” (<http://www.cwis.org/fwdp/drfr9329.html>)
- ²⁶ Véase, por ejemplo, de H. Molnar y M. Meadows (2001) *Songlines to Satellites: Indigenous Communication in Australia, the South Pacific and Canada*. Annandale NSW: Pluto Press. F. Horn (ed.) (1999) ‘Sami and Greenlandic Media’ número especial de *Juridica Lapponica* 22, Rovaniemi. The Northern Institute for Environmental and Minority Law: Universidad de Laponia.
- ²⁷ Véase, por ejemplo, European Monitoring Centre on Racism and Xenophobia (1999) *Cultural Diversity – Against Racism*. Koln: Westdeutscher Rundfunk y el Informe de STOA para ‘Tuning in to Diversity Project’, editado en Multicultural Skyscraper a partir de mayo de 2002 (<http://www.multicultural.net>)
- ²⁸ Véase de Charles Husband (2000) ‘Recognizing Diversity and Developing Skills: the proper role of transcultural communication’, en *European Journal of Social Work*, Vol. 3, No. 2 pág. 225-234, y Charles Husband (1998) ‘Differentiated Citizenship and the Multi-Ethnic Public Sphere’, en *Journal of International Communication*, 5 (1&2) December, pág. 134-148.
- ²⁹ Véase, por ejemplo, el debate de los medios para los sami en los países nórdicos en L. Markelin y C. Husband.
- ³⁰ Véase, por ejemplo, de O.H. Gandy Jr. (1998) *Communication and Race*. London: Arnold y C. Husband (e.) (1994) *A Richer Vision: the Development of Ethnic Minority Media in Western Democracies*. London: Unesco/John Libby.
- ³¹ Véase de T.H. Eriksen (1995) *Small Places, Large Issues*. London: Pluto Press para conocer detabes sobre la relatividad cultural.
- ³² C. Husband (1996) ‘The Right to be Understood: Conceiving the Multi-Ethnic Public Sphere’. *Innovation: The European Journal of Social Sciences*, Vol. 9, No. 2, pág. 205-216.
- ³³ C. Husband (2000) ‘Media and the Public Sphere in Multi-Ethnic Societies’, en S. Cottle, *Ethnic Minorities and the Media*. Buckingham: Open University Press, pág. 209.
- ³⁴ Shohat, E. and Stam, R. (1994) *Unthinking Eurocentrism : Multiculturalism and the Media*. London: Routledge
- ³⁵ Véase, por ejemplo, Law, I. 2000 *Race in the News*. Basingstoke: Palgrave; Sinclair, J. (1999) *Latin American Television: a global view*. Oxford: Oxford University Press, y Eickelman & Anderson (eds.) (1999) *New Media in the Muslim World: the emerging public sphere*. Bloomington, Indiana: Indiana University Press
- ³⁶ Kim, Y.Y. (1992) ‘Intercultural communication competence: a systems theoretic view’ en W.B. Gudykunst y Y.Y. Kim (eds) *Readings on Communication with Strangers*. New York: McGraw-Hill
- ³⁷ Turner, J.C. (1987) *Rediscovering the Social Group*. Oxford: Basil Blackwell
- ³⁸ Adorno, T.W., Frankel-Brunswick, E., Levinson, D.J. y Sandford, R.N. (1950) *The Authoritarian Personality*. New York: Harper
- ³⁹ Véase de Brown, R. (1995) *Prejudice*. Oxford: Blackwell., y Capozza, D. & Brown, R. (2000) *Social Identity Processes*. London: Sage
- ⁴⁰ van Dijk, T.A. (1991) *Racism and the Press*. London: Routledge
- ⁴¹ Véase de Douglas, T. (1995) *Scapegoats: Transferring Blame*. London: Routledge
- ⁴² Stockwell, S. y Scott, P. (2000) *All-Media Guide to Fair and Crosscultural Reporting*. Australian Key Centre for Cultural and Media Policy, Griffith University: Brisbane, Queensland
- ⁴³ Véase, por ejemplo, de Giddens, A. (1984) *The Constitution of Society: outline of the theory of structuration*. Cambridge: Polity Press., y Burkitt, B. *Bodies of Thought: embodiment, identity and modernity*. London: Sage
- ⁴⁴ Véase, por ejemplo, de James, A., Hockey, J. y Dawson, A. (1997) *After Writing Culture: Epistemology and Praxis in Contemporary Anthropology*. London: Routledge

⁴⁵ Véase, por ejemplo, de Gerrish, K., Husband, C. y Mackenzie, J. (1996) *Nursing for a Multi-Ethnic Society*. Buckingham: Open University Press

⁴⁶ Véase, por ejemplo, de Bernstein, M. y Studlar, G. (1997) *Visions of the East: Orientalism in Film*. London: I.B. Tauris., y Davies, J. y Smith, C.R. (1997) *Gender, Ethnicity and Sexuality in Contemporary American Film*. Edinburgh: Keele University Press, y Young, L. 1996 *Fear of the Dark: 'race', gender and sexuality in the cinema*. London: Routledge

⁴⁷ Véase, por ejemplo, la serie histórica desde Hartman, P. y Husband, C. (1974) *Racism and the Mass Media*. London: Davis-Poynter; van Dijk, T.A. (1988) *News as Discourse*. Hillsdale NJ: Lawrence Erlbaum; Franklin, B. (1999) *Social Policy, the Media and Misrepresentation*. London: Routledge

⁴⁸ Nelmes, H. (1999) *An Introduction to Film Studies*. London: Routledge